

Históricas Digital

Federico Navarrete Linares

“Prefacio a la edición brasileña”

p. 7-10

Eduardo Natalino dos Santos

Tiempo, espacio y pasado en Mesoamérica. El calendario, la cosmografía y la cosmogonía en los códices y textos nahuas

Marisa Montrucchio

(Traductora)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2014

456 p.

(Serie Culturas Mesoamericanas, 7)

ISBN 978-607-02-6130-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 abril 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/tiempo/espacio.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

PREFACIO A LA EDICIÓN BRASILEÑA

Sin lugar a dudas, los llamados códices mesoamericanos se cuentan entre los productos culturales más complejos e interesantes de las culturas amerindias. Se trata de documentos que utilizan el sistema de escritura de tradición indígena y que fueron producidos por los pobladores del centro y sur de México antes y después de la conquista española del siglo XVI. Estos documentos tienen forma de libro, de tira, de biombo y de lienzo y tratan temas históricos y religiosos muy vinculados con la identidad étnica de los pueblos que los produjeron.

La escritura mesoamericana ha sido definida como pictográfica porque utilizaba elementos visuales convencionales para representar sonidos, palabras y conceptos. Estos signos, conocidos como glifos, eran combinados con paisajes, retratos, mapas y otras representaciones visuales para crear un discurso logográfico y visual altamente elaborado.

Los códices no eran leídos de la manera en que nosotros leemos un libro en alfabeto latino, sino que eran mostrados en público por especialistas que a la vez recitaban los relatos, cantos, plegarias y otros textos de tradición oral vinculados con la información visual contenida en ellos. La relación entre las imágenes y la escritura contenida en los códices y la tradición oral que los acompañaba era compleja, pues ninguno de estos dos elementos contenía ni agotaba al otro. Las imágenes transmitían contenidos simbólicos y afectivos que no eran siempre reflejados en los relatos orales, y éstos podían incluir información que no se encontraba en las imágenes. Por eso, podemos decir que los códices y las tradiciones que los acompañaban eran discursos plenamente audiovisuales.

Durante tiempos prehispánicos y coloniales tempranos los códices fueron de gran importancia para los gobernantes, los sacerdotes y otros sectores de las sociedades indígenas, y también para los nuevos gobernantes y sacerdotes españoles que los aceptaron como documentos con validez legal e histórica. Por ello, se produjeron en grandes cantidades y circularon en las diversas ciudades-estados que convivían en Mesoamérica. Desafortunadamente, tras la conquista española estos libros nativos fueron considerados idolátricos, por estar vinculados con la antigua

religión, ahora prohibida y perseguida por el cristianismo, y por ello fueron destruidos en gran número por los sacerdotes españoles y también por sus poseedores indígenas que temían ser castigados por tenerlos. No podemos saber cuántos códices fueron quemados, destruidos, escondidos o abandonados. Sólo sabemos que apenas poco más de una docena de libros pictográficos prehispánicos ha sobrevivido hasta nuestros días.

Afortunadamente, estas persecuciones y destrucciones no significaron que los indígenas dejaran de producir sus maravillosos códices: durante los tres siglos de dominación española se realizaron más de 300 libros, lienzos, mapas y biombos de este tipo.

Estos códices coloniales difieren de los prehispánicos en varios aspectos clave. En primer lugar fueron hechos para nuevos públicos, entre ellos, particularmente, para los sacerdotes y las autoridades españoles interesados en aprender sobre la historia indígena e, incluso, sobre la antigua religión proscrita. Además incorporaron glosas en alfabeto latino que servían para interpretar y explicar sus contenidos visuales. Igualmente, asimilaron y reinterpretaron convenciones e imágenes de origen europeo, creando un nuevo lenguaje visual que combinaba la tradición pictográfica y pictórica mesoamericana con la tradición visual occidental.

Estos documentos coloniales son, por lo tanto, doblemente complejos y han sido objeto de acaloradas polémicas entre los estudiosos. Mientras algunos investigadores, como Gordon Brotherston, han intentado demostrar su profunda continuidad con la tradición indígena de la que derivan, otros, como Donald Robertson, han enfatizado la profunda asimilación de los elementos europeos que se encuentran en ellos y su gradual “aculturación” u occidentalización.

La presente obra de Eduardo Natalino dos Santos constituye una valiosa aportación a nuestro conocimiento de los códices prehispánicos y coloniales y propone novedosas alternativas para estos debates. Esta contribución es más significativa por el hecho de que ha sido realizada por un historiador brasileño.

Eduardo dos Santos forma parte de una nueva generación de historiadores y arqueólogos brasileños, entre los cuales también se destacan Leila Maria França, Marcia Maria Arcuri y Cristiana Bertazoni Martins, quienes juntos han creado un dinámico núcleo de estudios sobre Mesoamérica y los Andes en su país: el Centro de Estudios Mesoamericanos y Andinos de la Universidad de São Paulo (CEMA, USP). Guiados por profesores como Janice Theodoro da Silva y Beatriz Borba Florenzano, estos jóvenes académicos asumieron el riesgo de especializarse en la historia y la arqueología de estas regiones americanas tradicionalmente ignoradas

por la academia brasileña –el profesor Leandro Karnal ha desarrollado una tarea semejante en la Universidad Estatal de Campinas, incentivando estudios sobre los cronistas misioneros de Nueva España y Perú–. Por ello tuvieron que superar todo tipo de dificultades, desde las prácticas –como la carencia de libros en las bibliotecas– hasta las intelectuales –como la falta de contacto con los especialistas y el desconocimiento de los debates actuales en estos campos.

Afortunadamente sus esfuerzos han rendido frutos: en los últimos diez años han logrado consolidar un grupo de investigación y han establecido sólidos contactos con estudiosos de los Andes y Mesoamérica en todo el mundo. Con la incorporación de un creciente número de alumnos de licenciatura y de posgrado, esta iniciativa se consolida y se enriquece. Testimonio de ello son los coloquios que organiza el CEMA, USP, bianualmente y que tienen cada vez más participantes y una mayor calidad.

Tempo, espaço e passado na Mesoamérica ejemplifica lo mejor de las contribuciones de los investigadores brasileños a la investigación sobre Mesoamérica. Mientras que en México, Estados Unidos y otros países donde este campo de estudio se ha consolidado más los estudios tienden a una creciente especialización, por no hablar inclusive de fragmentación, a la vez que las interpretaciones generales dominantes se han institucionalizado y se han vuelto casi incuestionables, desde Brasil, Eduardo Natalino dos Santos nos puede ofrecer una visión panorámica que es a la vez original y rigurosa.

Al analizar de manera sistemática un amplio conjunto de códices de la región central de México y compararlos con fuentes escritas en alfabeto latino, pero basadas claramente en otros documentos pictográficos ya desaparecidos, Santos logra plantear un enfoque novedoso para abordar algunas de las problemáticas que han desvelado a los estudiosos de los códices.

Por dar sólo un ejemplo de las muchas contribuciones que contiene esta obra, Eduardo dos Santos compara de manera sistemática el papel diferente que desempeña la información sobre los calendarios mesoamericanos en cada documento y así establece una clara distinción entre aquellos que fueron producidos para lectores europeos, que querían comprender los complejos sistemas mesoamericanos para contar los días, y aquellos elaborados para públicos indígenas, que consideraban estos calendarios una parte esencial de cualquier relato histórico o cosmogónico. Esta distinción entre códices para los que el calendario es un tema y aquellos para los que funge como un elemento estructural del relato resulta fecunda pues muestra cómo algunos documentos que formalmente

podrían parecer más “auténticos”, por ser más cercanos al estilo pictográfico prehispánico, fueron en realidad producidos por orden y bajo la supervisión de clérigos españoles, mientras que otros que podrían parecer más “aculturados” sí fueron producidos para públicos indígenas.

De esta manera Santos se une a un grupo creciente de autores que buscan explicar las transformaciones de las producciones culturales indígenas bajo el régimen colonial no como parte de procesos lineales de aculturación (o de su gemela inversa, la resistencia) sino como productos complejos de diálogos interculturales concretos entre sujetos variados que buscaban objetivos específicos y diversos, desde conocer mejor la religión indígena para mejor combatirla, en el caso de los frailes católicos, hasta defender su identidad étnica y sus privilegios particulares, en el caso de los autores indígenas, y que para lograrlo estaban dispuestos a utilizar los temas, las imágenes, las técnicas y las convenciones del repertorio indígena y del repertorio europeo que les resultaran más útiles.

En suma, se puede afirmar que *Tempo, espaço e passado na Mesoamérica* marca la maduración de los estudios mesoamericanistas del Brasil. Por un lado, por su carácter general, esta obra servirá para introducir al público brasileño al rico universo de los códices y a las diversas problemáticas asociadas a su estudio, contribuyendo a un conocimiento más profundo de la cultura mesoamericana en el mundo lusoparlante. Por otra parte, la obra ofrece valiosas contribuciones al debate y al conocimiento sobre estos temas, las cuales la harán de interés para los especialistas en todo el mundo.

FEDERICO NAVARRETE LINARES

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas